

tada en el semblante de los extranjeros de todas clases y condiciones que se agolpaban en derredor del primer consul, pues infinitos extranjeros acudieron á París para ver la Francia y al general Bonaparte, y la mayor parte de ellos fueron presentados á él por los ministros de su respectivo gobierno. Su corte, pues, se habia formado una; era á un mismo tiempo militar y civil, severa y elegante, y ademas nombró una servidumbre militar para él y los cónsules, dando á su esposa una comitiva digna de una princesa.

La guardia consular se componia de cuatro batallones de infanteria, cada uno de los cuales contaba mil doscientas plazas, siendo unos granaderos, cazadores otros, y de dos regimientos de caballeria, el primero de granaderos á caballo y el segundo de cazadores tambien á caballo. Todos ellos pasaban por los soldados mas apuestos y valientes del ejército, y una artilleria numerosa y bien servida completaba aquella guardia, convirtiéndola en una verdadera division de guerra, provista de todas armas, y que ascendia á cerca de seis mil hombres. Mandaba aquella soberbia tropa un brillante estado mayor, habiendo un coronel para cada batallon, y un general de brigada para dos batallones reunidos: en cuanto á todo el cuerpo en masa, mandábanlo, alternando unos con otros, durante una década, cuatro generales de division, uno de infanteria, otro de caballeria, otro de artilleria, y otro de ingenieros. Por lo demás, era un cuerpo escogido á que iban á parar en premio de su buena conducta los mejores soldados, que rodeaba al gobierno de un brillo adecuado á su caracter guerrero, y que en caso de

guerra era una reserva invencible en cualquiera batalla, para lo cual basta recordar que el batallon de granaderos de la guardia consular casi salvó al ejército en Marengo. A este estado mayor especial de la guardia consular añadió el primer consul un gobernador militar para el palacio de las Tullerías, que tenia á sus inmediatas órdenes dos oficiales de estado mayor con título de ayudantes. Era el gobernador á la sazón el ayudante de campo Duroc, á quien siempre tocaba desempeñar las comisiones delicadas, y que era el oficial mas á propósito que podia buscarse para hacer que reinasen en palacio el orden y decoro que tanto apetecia el primer consul, y era tan propio de aquel tiempo. Como era preciso dar á semejante aparato militar cierto aspecto civil, fué nombrado el primer año Mr. Benezech, consejero de estado, para que presidiese las recepciones, y acogiese con las mayores muestras de atencion y cortesania tanto á los ministros extranjeros como á los grandes personajes que los cónsules admitiesen en palacio. Despues remplazaron en este cargo á Mr. Benezech, cuatro oficiales civiles, llamados prefectos de palacio, poniéndose á disposicion de madama Bonaparte cuatro damas de palacio para ayudarla á hacer los honores del salon del primer consul. Asi que se supo la nueva organizacion que se preparaba en palacio, muchas personas hasta de las familias que pertenecian á lo que se llamaba el antiguo régimen, solicitaron cargos: bien es verdad que no fué la alta nobleza que en otro tiempo ocupaba los salones de Versailles la que se presentó á pretender destinos, pues aun no habia llegado para ella el momento

en que debía someterse; sino familias distinguidas, que no habiendo tenido á gala el haber emigrado, se acercaban á un gobierno poderoso, que gracias á la gloria de que se hallaba circundado, honraba á cuantos le servian. El general Bonaparte escogió para perfectos de palacio á Mr. Benezech, que ya habia desempeñado el mismo cargo, MM. Didelot y de Lucay, empleados que fueron en hacienda, y Mr. de Remusat, magistrado. Las cuatro damas de palacio, que debian ayudar en sus tareas á madama Bonaparte, fueron las de Lucay, Lauriston, Talhonet y Remusat, eleccion contra la cual, nada tenian que decir los personajes mas aficionados á denigrar allá en la emigracion. Tampoco podian criticar aquella organizacion militar y civil los hombres de razon que opinan que las cortes se deben formar con lo que puramente exija el decoro, pues lo mismo en una república que en una monarquía, es preciso guardar el palacio de los gefes del estado, rodeándolo del aparato imponente de la fuerza pública; y es preciso tambien que en ese palacio haya hombres y señoras escogidas que reciban con la atencion debida á los extranjeros ilustres y ciudadanos distinguidos que sean admitidos á la presencia de los primeros magistrados de la república. Bajo este aspecto la corte del primer consul era tan digna como respetable, recibiendo cierto encanto de su esposa y de sus hermanas, notables por sus modales, ó su talento ó su hermosura. Puesto que ya hemos hablado en otra parte de los hermanos del primer consul daremos ahora á conocer á sus hermanas. Madama Elisa Bacciochi, que era la mayor, aunque poco notable por su figura, lo era mucho

por su talento, y atraía á su alrededor á los literatos de mas nombradía de aquel tiempo, como por ejemplo MM. Suard, Morellet, Fontanes. Carolina Murat, esposa del general de este nombre, era tan ambiciosa como bella, y trasportada de gozo con la fortuna de su hermano, procuraba que recayese en ella y su esposo la mejor parte de esa misma fortuna, siendo una de las señoras que daban á la nueva corte mas movimiento y elegancia; y Paulina Bonaparte, que se casó en primeras nupcias con el general Leclerc, y que despues contrajo matrimonio con un príncipe Borghese, era una de las jóvenes mas bellas de su tiempo; por lo demas, aun no habia dado pábulo á las murmuraciones tanto como dió mas tarde; y aun cuando algunas veces alligia á su hermano con su conducta no muy cuerda, desarmaba su severidad con el cariño que le profesaba. La señora de Bonaparte sobresalia entre todas ellas por la posicion que ocupaba como esposa del primer consul, y encantaba con sus gracias á los franceses y extranjeros que llegaban á ser admitidos en palacio. El general Bonaparte, que al mismo tiempo que queria en extremo á sus parientes, trataba con militar dureza á los que turbaban la paz doméstica que deseaba reinase en torno suyo; contenia las rivalidades inevitables y visibles ya, que se suscitaban entre los miembros de su familia.

Un suceso de alguna importancia acababa de ocurrir en la familia del primer consul, el casamiento de Ortensia de Beauharnais con Luis Bonaparte. El primer consul, que queria entrañablemente á los dos hijos de su esposa, quiso que Ortensia de Beauharnais se casase con Duroc,

creyendo se tenían estos jóvenes mútua inclinación; pero no se realizó este casamiento, gracias á madama Bonaparte. Esta señora, á quien atormentaba el temor de un divorcio, desde que habia perdido las esperanzas de tener mas hijos, pensó en casar á su propia hija con un hermano de su esposo, llevada de la idea de que como los hijos que naciesen de aquel enlace serian parientes por uno y otro costado del nuevo gefe de Francia, podrian ser herederos suyos. Casado José Bonaparte; viviendo como vivia Luciano entregado al desarreglo, y portándose como enemigo de su cuñada; hallándose, por último, Gerónimo espiando á bordo de la escuadra algunos estravíos propios de la juventud, Luis era el único que convenia á las miras de la señora de Bonaparte, y puso en él las mientes. Tenia instruccion y prudencia el escogido, pero era de carácter melancólico, y nada á propósito para unir su suerte á la de la jóven que le destinaban, y el primer consul que así lo creia, resistió en un principio; pero cedió en seguida, dando su consentimiento para que se realizase un matrimonio que aunque no debia labrar la dicha de ambos esposos, estuvo á punto un instante de dar herederos al imperio del mundo.

El cardenal Caprara les dió la bendicion nupcial en una casa particular, pues tal era el modo con que se celebraban entonces las ceremonias del culto, cuando los que oficiaban eran sacerdotes *no juramentados*; y aprovechando aquella ocasion tambien bendijo al general Murat y á su esposa Carolina, quienes no habian recibido la bendicion, como otros muchos casados de aquel

tiempo, que solo habian contraido matrimonio ante el magistrado civil. El general Bonaparte y Josefina se hallaban en el mismo caso, y esta hizo mil instancias á su esposo para que consintiese en añadir el vínculo religioso al civil que ya los unia; pero ya por prevision, ya por temor de confesar en público que le ligaba á madama Bonaparte un contrato incompleto, lo cierto es que el primer consul no quiso acceder á los deseos de su esposa.

Tal era entonces la familia consular que despues fué imperial: aquellos personajes notables por muchos titulos, felices con la gloria y prosperidad del gefe que constituia su grandeza, contenidos por él y no mimados por la fortuna, presentaban un espectáculo interesante y que no affigia el alma como la corte directorial, á cuyo frente estuvo muchos años el director Barras. Si algunos franceses llevados de la envidia ó desdenos, que muchas veces le debian atenciones, perseguian á aquella noble familia con sus sarcasmos, los estrangeros, mas justos que ellos, le pagaban un tributo de curiosidad y elogios.

Ya hemos dicho en otra parte que el primer consul recibia de diez en diez dias á los embajadores y estrangeros que le presentaban los ministros de sus respectivas naciones, teniendo costumbre de recorrer las filas de la reunion, numerosa siempre, seguido de sus ayudantes de campo. Luego salia la señora de Bonaparte, acompañada de las damas de palacio, es decir, que se observaba el mismo ceremonial puesto en uso en las demas cortes, con menos acompañamiento de ayudantes de campo y damas de honor,

pero con el brillo incomparable que rodeaba al general Bonaparte. Cada cinco días convidaba á comer á los personajes eminentes de Francia y Europa, y una vez al mes daba en la galería de Diana un banquete, al cual asistian algunas veces hasta cien convidados. Esos días tenia reunion por la noche en las Tullerías, admitiendo á los altos empleados, los embajadores, y las personas de la alta sociedad francesa, que en vez de evitar tener contacto con el gobierno buscaban á éste. Como hasta las cosas mas pequeñas las hacia por cálculo, mandaba á su familia se pusiese ciertos trages para que se generalizase su uso por espíritu de imitacion; como por ejemplo que se vistiesen de seda á fin de dar vida hasta donde pudiera á las sederías de Leon, y recomendaba á su esposa la tela llamada *linon* con el objeto de favorecer á las fábricas de San Quintín (1). En cuanto

(1) He aquí una carta que escribió desde San Quintín al consul Cambaceres.

SAN QUINTIN, 21 de pluvioso año IX (10 de febrero de 1801).

Las fábricas tan importantes de San Quintín y sus cercanías que tenían ocupados á mas de setenta mil trabajadores, y hacían que entrasen en Francia mas de quince millones de numerario, han perecido casi en su totalidad; y sería de desear que nuestras damas, pudiesen en moda el *linon*, dejando de dar á las muselinas la absoluta preferencia que han llegado á alcanzar. Creo que la idea que aquí me han suscitado de reanimar uno de nuestros mas importantes artefactos y que poseemos esclusivamente, y de dar pan á tantas familias francesas, es muy oportuno para poner á la moda las telas de *linon*; que hace ya demasiado tiempo que se hallan en desgracia.

á él, sencillo como ninguno, llevaba una modesta casaca de cazador de la guardia consular, al paso que obligó á sus colegas á que se pusiesen el uniforme bordado de consul, y á que tuviesen reunion en su casa, para repetir aunque con menos brillo, lo que se hacia en las Tullerías.

El invierno de 1801 á 1802 (año X) fué brillante en extremo, por la satisfacción que reinaba en todas las clases, unas contentas porque volvian á Francia, otras porque al fin iban á disfrutar de completa seguridad, y otras porque veían en la paz marítima una perspectiva ilimitada de prosperidad comercial. Los estrangeros contribuyeron con su presencia á dar mas brillo á las funciones, hallándose entre los personajes que en aquella época se presentaron en París, dos que llamaron la atención general, un inglés ilustre y un emigrado cuyo nombre habia volado en alas de la fama.

El inglés era Mr. Fox el orador mas elocuente de Inglaterra, y el emigrado Mr. de Calonne, ministro que fué de hacienda, y que gracias á su talento fecundo en hallar recursos, supo ocultar por algunos instantes á los ojos de la corte de Versalles, el abismo hácia el cual caminaba á pasos agigantados. Mr. Fox tenia suma impaciencia por ver al hombre, á quien á pesar de su patriotismo británico, estimaba en gran manera, y así, luego que se firmó el tratado preliminar de paz, se trasladó á París, siendo presentado al primer consul por el ministro de Inglaterra. Su objeto era ver á Francia y al hombre que se hallaba al frente del gobierno, pero tambien le llevaba el eseo de consultar nuestros archivos diplomáti-

cos, pues el gran orador whig ocupaba sus ócios escribiendo la historia de los dos últimos Estuardos; y luego que lo supo el primer consul, mandó se le franqueasen todos los archivos, haciéndole una acogida no solo capaz de atraerse á un enemigo, sino de encantar como encantó al que ya era amigo suyo tan solo por su gloria. Dejando además á un lado la etiqueta, el primer consul trató con intimidad al generoso extranjero, teniendo con él largas y frecuentes conferencias, como si conquistándole á el quisiera conquistar al pueblo inglés. Sin embargo, muchas veces no convenian en ideas. Aunque Mr. Fox se hallaba dotado de una imaginación viva, con la cual lograba atraerse los ánimos en la cámara, no tenía un talento positivo ni práctico, de suerte que abrigaba nobles ilusiones, de que nunca había participado, ó á lo menos no participaba ya el primer consul, bien que fuese hombre de tanta imaginación como talento. El joven general Bonaparte estaba desengañado como puede uno estarlo después de una revolución que principió en nombre de la humanidad y murió anegada en sangre; y solo conservaba un encanto entre los muchos que fué sembrando la revolución, el de la grandeza, que le impelia á cometer excesos. En una palabra, era muy poco liberal para poder agradar al gefe de los whigs, y sobrado ambicioso para gustar á un inglés, de suerte que disputaron más de una vez sobre sus respectivas opiniones; y mientras el primer consul se sonreía al ver que un hombre que pasaba de cincuenta años, fuese tan sencillo y tuviera tan poca experiencia, Mr. Fox sentía alarmado su patriotismo británico

cuando le indicaba los grandes designios que tenía. Sin embargo, llegaron á quererse sinceramente, y el primer consul puso el mayor esmero en que Mr. Fox viese á todo París, acompañándole algunas veces á los establecimientos públicos. Había á la sazón una exposición de productos de la industria francesa, la segunda que se verificaba después de la revolución, y todo el mundo se quedó sorprendido de lo que habían progresado nuestros artefactos, los cuales, en medio del desorden general de que también participaron, recibieron notables mejoras. Los extranjeros, y especialmente los ingleses, que eran muy buenos jueces sobre aquella materia, no trataban de ocultar su admiración, y el primer consul condujo á Mr. Fox á las salas de la exposición situadas en el palacio del Louvre, gozándose algunas veces en la sorpresa que manifestaba su ilustre huésped. Mr. Fox, en medio de las atenciones que le dispensaban, manifestó un rasgo que honra los sentimientos de aquel noble personaje, y que prueba que sabía conciliar la justicia de que Francia era merecedora con el patriotismo más delicado. Había en una sala del Louvre un globo terráqueo, muy grande y hermoso, destinado para el primer consul y artísticamente construido, y uno de los personajes que iban en la comitiva del primer consul le dió vueltas, diciendo con bastante torpeza al poner la mano sobre Inglaterra que esta nación ocupaba muy poco espacio en el mapa del mundo. Efectivamente, contestó con viveza Mr. Fox, en esa isla tan pequeña es donde nacen los ingleses, y donde todos ellos quieren morir; pero añadió circundando con

los brazos los dos Océanos y ambas Indias: mientras viven llenan todo este globo, abarcándolo con su poder. El primer consul aplaudió esta contestacion, tan arrogante como oportuna.

El personaje que despues de Mr. Fox mas llamaba la atencion pública era Mr. de Calonne, que como hemos dicho regresó á París por mediacion del príncipe de Galles. Apenas llegó empezó á usar un language que nadie esperaba, y causaba gran sensacion entre los realistas; pues decia que no queria servir al nuevo gobierno mediante las relaciones que tuvo con la familia de los Borbones; pero que se habia propuesto ser franco con sus amigos. Segun él nadie en Europa era capaz de hacer frente al primer consul, pues los generales, los ministros y hasta los reyes eran inferiores á él: los mismos ingleses habian pasado tocante á él del odio al entusiasmo, sentimiento que abrigaban todas las clases de la poblacion británica y que era estremado como lo son los ingleses en todas sus cosas. No habia pues que contar con la Europa para derribar al general Bonaparte, ni debia deshonrarse la causa realista con odiosos complots de que se horrorizaban los hombres de bien del mundo entero, sino someterse, esperar todo del tiempo, y de la doble dificultad de gobernar á Francia sin trono, y fundar un trono sin la familia de los Borbones. Únicamente, las infinitas vicisitudes de las revoluciones podian dar probabilidades de buen éxito, que no existian entonces, en favor de los príncipes desterrados; pero como quiera que fuese, era preciso confiar tan solo en la Francia, en la Francia ilustrada y animada de mejores sentimientos, mas no en el es-

trangero ni en las conspiraciones. Este language, singular á fuer de prudente, sobre todo en boca de Mr. de Calonne, causaba asombro, haciendo creer que no habria pasado mucho tiempo sin que Mr. de Calonne entrase en relaciones con el gobierno consular, pues habia visto al consul Lebrun que recibia á los realistas con consentimiento del primer consul, y habia conferenciado con él acerca de los negocios de Francia. Decíase tambien, que iba á ser para la hacienda lo que era Mr. de Talleyrand con respecto á la diplomacia, esto es, un noble que abjuraba de sus creencias para ayudar con su esperiencia y el influjo de su nombre al primer consul; pero todo esto carecia de fundamento, pues el gefe del gabinete francés necesitaba un talento no tan brillante, sino de mas aplicacion de la que habia mostrado Mr. de Calonne, y encontró esta cualidad en Mr. Gaudin, quien introdujo en la hacienda un orden admirable. No obstante, apenas se esparció esta voz, rodearon á Mr. de Calonne una infinidad de pretendientes que hacia poco habian vuelto á Francia, y se figuraban que no podian elegir para con el nuevo gobierno un apoyo mas eficaz y que mejor justificase con su ejemplo su adhesion al primer consul (1).

(1) Los príncipes desterrados tenian en París agentes, algunos de los cuales eran hombres de talento, y solian estar bien informados de lo que pasaba. Estos agentes daban cuenta casi todos los dias de los sucesos mas principales. Hé aquí un extracto de un informe relativo á Mr. Calonne.

«Hace cerca de un mes que Mr. de Calonne se halla de regreso en París, habiendo tenido antes de dejar á Inglaterra una conferencia con los ministros, quienes le recibieron perfecta-

¿Quién creyera que á pesar de tantas mejoras hechas ó proyectadas, pudiese suscitarse una oposicion, y sobre todo, una oposicion encarnizada? Preparábase, sin embargo, una y muy violenta contra las mejores obras del primer consul, y no por parte de los radicalmente opuestos á su gobierno, ó séase los realistas y revolucionarios, sino del partido que tanto deseó y mas ayudó á la caída del Directorio por insuficiente,

mente, preguntándole si tenia intencion, ya que volvia á Francia, de servir al nuevo gobierno. A esto contestó, que la conducta que observó durante la revolucion y el cariño que tiene á la familia real, le imponia la obligacion de no admitir ningun destino; pero adicto á Francia por gusto é instinto, si le pedian consejos los daría, siempre que creyese podrian redundar en beneficio de su patria.

• Su llegada á Paris ha causado gran sensacion, y como ha corrido la voz de que va á ser nombrado ministro, se ve acosado de visitas y rodeado de hecharis sayas, como en los tiempos en que mas brillaron su fortuna y su crédito; para librarse de la nube de pretendientes que le persiguen, ha tenido que irse al campo. Creo sin embargo, que la voz que se ha espandido carece de fundamento, y si alguna vez llega á realizarse lo que se dice, no será por ahora, reduciendo á todo lo que hay á que hace algunos dias debia ser presentado á Bonaparte, y tener con él una conferencia secreta.

• Por lo demás, todos los dias ve á sus antiguos amigos, con quienes se franquea abiertamente, diciéndole, que testigo como ha sido de los débiles y nulos que son las potencias estrangeras, no cree sean ellas las que contengan la invasion revolucionaria, y mucho menos las que protejan de un modo eficaz la causa del rey. Tambien repite lo que hace mucho tiempo sabiamos, esto es, que los hombres que rigen los destinos de Europa, carecen de recursos, no tienen carácter, no conocen el tiempo en que viven, no saben ni juzgar lo presente, ni calcular para lo futuro, y que se hallan faltos del valor y de la firmeza que se nece-

y que se nombrase un nuevo gobierno que fuese tan firme como hábil. En cuanto á los revolucionarios subalternos, acostumbrados al desorden y la matanza, el gobierno habia logrado contenerlos, deportando á los que no se sometieron, y cada dia se iban hundiendo mas y mas en la oscuridad en que yacian para no volver á salir de ella; los hombres malvados del partido realista, necesitaban descansar despues de lo de la máquina infernal, y á la sazón tomaban aliento,

sita para acometer cualquiera empresa. Segun él, todos dependen de Bonaparte, y se hallan dispuestos á hacer con humildad cuanto tenga á bien, de suerte, que está persuadido que solo en Francia puede trabajarse en favor de la monarquía, y no colocándose en primera línea, no fomentando necios y ridiculos complots, mas propios para deshonorar una causa que para atraer sobre ella resultados positivos, sino ocupándose sin ruido ni escándalo, en restablecer la opinion, destruir preveniciones, debilitar los temores, reunir á todos los partidarios del rey, y hacer de modo que estén dispuestos á aprovechar en favor suyo todos los sucesos que debe traer el curso natural de las cosas.

• Mr. de Calonne asegura que el entusiasmo que en Inglaterra tienen por Bonaparte, no solo es general, sino que raya en exceso: la corte y el cuerpo municipal, la capital y las provincias, toda clase de ciudadanos desde los ministros hasta los artesanos le elogian con afán, entonando á coro mil alabanzas por sus victorias y el brillo que ha revestido su poder. Por lo demás, este entusiasmo no es peculiar de Inglaterra, pues tiene infestado por decirlo así á toda la Europa, y de todas partes acude gente á Paris para ver al hombre grande, á lo menos una vez en su vida, habiendo tenido la policía que amenazar con el arresto á los daneses que ponian la rodilla en tierra siempre que le divisaban.

• Esta es la causa principal de su fuerza y su inmenso poderio; ¿y cómo han de atreverse á luchar contra él los franceses cuando las potencias europeas se postran á sus plantas?

además de que acababan de ser pasados por las armas parte de los que tenían infestados los caminos; y por lo que hace á los realistas de alto coturno, aunque hablaban en las tertulias de París de un modo bastante imprudente, dejaban ver no obstante la inclinacion que los arrastró á representar mas tarde, los hombres el papel de gentiles hombres de camara, y las señoras el de damas de honor en el palacio de las Tullerías, á pesar de no habitarle los Borbones.

Empero, el partido revolucionario moderado, llamado á componer el nuevo gobierno, se habia dividido, como sucede á todo partido victorioso que aspira á fundar un gobierno, y no está conforme en los medios que deben emplearse para constituirlo. Ya en los primeros dias del Consulado, ese partido que concurrió de varias maneras al 18 de brumario, mostró al parecer divergencia de opiniones, pues mientras unos se inclinaban á convertir al gobierno de la revolucion en una república democrática y moderada, como la que Washington acababa de establecer en América, otros querian formar una monarquía mas ó menos parecida á la inglesa, y aun si era preciso á la antigua monarquía francesa, menos las preocupaciones propias de otra época y el régimen feudal. Principiaba entonces el tercer año del gobierno consular, y como de costumbre, iban tomando vigor las dos tendencias aun con la misma contradiccion que hallaban, convirtiéndose los partidarios de una opinion casi en violentos revolucionarios al ver lo que estaba sucediendo, es decir, que la autoridad del primer consul se aumentaba de dia en

dia, que las ideas monárquicas iban propagándose, que se habia formado en las Tullerías una corte, que el culto católico se hallaba restablecido ó faltaba poco para estarlo, y que los emigrados volvian á Francia en masa. Los otros partidarios, llevados del afan de rehacerlo todo, casi pensaban como los realistas de antaño, y aun se hallaban dispuestos á transigir con el despotismo ilustrado, sin esperar mejor éxito de la revolucion: por cierto que tratándose de despotismo ilustrado, revelaba tanto genio, proporcionaba tanta tranquilidad y reposo el que en aquellos momentos iba apoderándose del gobierno en Francia, que quizá no era fácil resistir á su encanto; pero era tan encontrado el modo de pensar de unos y otros, que al fin debia resultar una crisis.

Agitado el Tribunado en las anteriores sesiones, ya con las leyes de hacienda, ya con los tribunales especiales, lo estaba mucho mas aquel año al ver el aspecto que presentaban las cosas, y la prisa que se daba el gobierno para conseguir su objeto. Lo que le indignaba sobre todo, era el concordato, pues en su concepto era el acto mas contra-revolucionario que se podia imaginar; el código civil era tambien muy poco adecuado á la igualdad, y hasta le desagradaban, como veremos bien pronto, los tratados de paz en que iba envuelta la grandeza de Francia.

Mr. Sieyes, que como ya hemos visto quiso impedir cualquiera agitacion acudiendo al remedio de sus precauciones constitucionales, nada consiguió, pues asi como las constituciones no engendran las pasiones humanas, tampoco pueden destruir las, viniendo á ser únicamente la escena en



que juegan esas mismas pasiones. Con emplear en el despacho de los negocios sometidos al Consejo de estado toda la formalidad y actividad posibles en vez del ruido, la palabrería, é inútil crítica que había en el Tribunado; con reducir á este al papel de abogar en pro y en contra de los actos del gobierno ante un Cuerpo legislativo que no tenía que hacer otra cosa sino pronunciar un simple sí ó un no; con hacer superior á ellos á un Senado ocioso que con largos intervalos elegía á los hombres encargados de representar estos dos papeles bastante inútiles en las dos asambleas legislativas; con escoger el personal del gobierno en igual sentido, con llevar por último al Consejo de estado los hombres mas versados en los negocios, al Tribunado los que podían tomar la palabra, así como los que estaban por el ruido, al Cuerpo legislativo los que ya cansados yacían en la obscuridad, y al Senado los que aunque cansados también pertenecían á un orden elevado, no impidió Mr. Sieyes que estallasen las pasiones de la época; y aun añadió, es necesario decirlo, cierta envidia entre esos cuerpos unos con otros. El Tribunado conocía la vanidad declamatoria de su papel; el Cuerpo legislativo conocía que se ponía en ridiculo con su silencio, y por otra parte contenía en su seno muchos sacerdotes, que habiendo abandonado el estado eclesiástico pertenecían á una oposicion callada, pero que incomodaba, organizada por el abate Gregorio, y hasta el mismo Senado que Mr. Sieyes había comparado con un anciano opulento y tranquilo, no lo estaba tanto como supuso. Fastidiado algun tanto con su ociosa dignidad, pues los senadores no podían eger-

cer cargos públicos, y su poder electoral que rara vez ponían en uso, estaba muy lejos de despertar su actividad, el cuerpo de que vamos hablando ni mas ni menos que el anterior, miraba con ojos de envidia al Consejo de estado, que era el único que compartía con el primer consul la gloria de las grandes cosas que se realizaban todos los dias.

Así, pues, esa sociedad á la cual creyó Mr. Sieyes podría adormecer en una especie de régimen aristocrático, á egemplo de Venecia ó de Génova, se agitaba como un enfermo á quien queda un resto de calentura, y aunque podía ser sometida y contenida por un soberano fuerte y enérgico, no era fácil adormecerla tranquilamente como se figuró su autor.

Lo mas singular es que Mr. Sieyes inventor de todos esos arreglos constitucionales, en virtud de los cuales reinaba tanta actividad por una parte y tan poca por la otra, llegara á cansarse de su propia inacción. Moderado como era y aun monárquico en sus opiniones debió aprobar los actos del primer consul, pero empezaba á haber desavenencias entre ellos por causas inevitables y accidentales, y aquel gran hombre especulador que todo lo veía y nada hacia, llegó á envidiar al genio activo y poderoso que iba apoderándose de Francia y del mundo. Mr. Sieyes vió desde luego en las magnificas obras del general Bonaparte el germen de sus faltas futuras, y si no lo decía en alta voz, lo indicaba algunas veces con su silencio ó con algun rasgo de su lenguaje tan profundo como su pensamiento. Quizá agasajándolo sin cesar hubiera podido calmarle el primer consul, pero este creyó demasiado pronto que

Mr. Sieyes estaba suficientemente recompensado con la donación que le hizo de la hacienda de Crosne, y absorto por otra parte en sus inmensos trabajos, no hizo caso del hombre superior que con tanta nobleza le cedió el primer puesto en 18 de brumario. Mr. Sieyes entregado á la ociosidad, celoso y ofendido como se hallaba, mostrábase taciturno ó aprobaba con frialdad, sino es ya que criticase abiertamente la misma inmensidad del bien que se estaba haciendo, y como el primer consul no era hombre que dejaba á sus adversarios toda la sinrazon, hablaba con más que llaneza de la metafísica de Mr. Sieyes y de su impotente ambicion diciendo sobre esto mil cosas que nunca debió decir, y que inmediatamente iban á repetirle hombres mal intencionados. Contaba á su lado Mr. Sieyes algunos amigos, tales como Mr. de Tracy, que aunque tenia un talento distinguido carecia de principios religiosos y era un filósofo original dotado de un caracter respetable; Mr. Gorat filósofo secundo en hablar, pero con más pretensiones que profundidad; Mr. Cabanis, que se habia consagrado al estudio del hombre material y que nada veia más allá de los límites de la materia; y Mr. Lanjuinais, devoto sincero, hombre de bien aunque vehemente que habia defendido con valor á los girondinos, y que ya se acaloraba al oír mencionar la idea de hacer resistencia al César moderno. Todos ellos rodeaban á Mr. Sieyes y formaban en el Senado una oposicion notable, no siendo ellos solos, sino otros muchos los que veian en el concordato una prueba de que se preparaba una contra-revolucion.

Viendo el primer consul que Francia y Europa contemplaban con admiracion sus obras, no comprendia que los únicos que las desaprobaban estuviesen precisamente cerca de él, y lleno de despecho al ver semejante oposicion, llamaba á los que la hacian en el Senado, ideólogos, imbuidos por un descontentadizo que sentia no poder mandar á pesar de que era incapaz de ello; camorristas á los individuos del Tribunado, con los cuales, era preciso chocar de frente para demostrarles que no era hombre que se asustaba del ruido, y á los descontentos más ó menos numerosos del Cuerpo legislativo, frailes secularizados y jansenistas, á quienes trataba de organizar el ábate Gregorio, de acuerdo con Sieyes, para que hiciesen oposicion al gobierno; pero decia que él acabaria con todas aquellas resistencias, y que no le detendrian fácilmente en la senda del bien que quería realizar. Como no estaba acostumbrado á la vida de las asambleas, ignoraba el arte de contemplar á los hombres, arte que César mismo, á pesar de todo su poder, no despreciaba, y que aprendió en el senado de Roma. El primer consul espresaba su disgusto osada y públicamente, con el convencimiento de su fuerza y de su gloria, y no daba oídos al prudente Cambaceres, quien teniendo como tenia mucha esperiencia del modo como se manejan las asambleas, le aconsejaba inútilmente la templanza y los miramientos. Es preciso, contestaba el primer consul, probar á esos hombres que no les tememos, y cuanto menos miedo les tengamos, tanto más nos lo tendrán ellos á nosotros. Esto, como se vé, era entrar en las costumbres é ideas de la monarquía pura, á medida